REATAS DE TOMELLOSO, Ciudad Real, por Natividad Cepeda, Escritora



MULAS EN REATA

Crecí viendo como los lunes de madrugada, en el patio de casa, empedrado de guijarros, se enganchaban las mulas a los carros, que no regresaban hasta el sábado.En mi infancia pasaba a la cuadra cogida de la mano de mi abuelo paterno. Era tan pequeña que los pesebres de las mulas eran inalcanzables para mí. Pero el abuelo me cogía en sus brazos para que pudiera tirar puñados de cebada sin miedo. Protegida por él, sentía el calor de sus hocicos en mi cara mientras comían y yo les acariciaba el cuello con mis pequeñas manos.Soy parte de aquél mundo rural donde se amaba y se respetaba a los animales.

El día que se esquilaban a las mulas tenía motivos para no querer ir al colegio. Ese día, parecía día de fiesta, más que de trabajo, porque se rompía la rutina. Para cuando llegaban los esquiladores ya estaba preparada la mesa rústica de madera con las fuentes de pastas, el anís y el coñac.

Los hombres bebían el "coñaz" comprado en las bodegas alcoholeras del pueblo. Presumían de poseer Tomelloso las mejores holandas de España, que son las madres de los brandys: Y no andaban descaminados porque aquí continúan las destilaciones de los Osborne, Terry, Domecq, Casajuana, Peinado, Altosa… Los esquiladores hablaban fuerte con un marcado acento de pueblo, empleando localismos cargados de ironía socarrona. Yo era todo ojos y oídos ante aquellos hombres orgullosos de su oficio. Llegaban, y abrían con parsimonia los paños donde amorosamente guardaban sus herramientas de esquile. Las mulas eran sacadas de la cuadra al patio. Luego bien sujetas por el ocico y las patas, los esquiladores procedían con sus maquinillas a pelarlas, el pelo caía al suelo formando entre las patas montañas negras y mullidas de crines.Al terminar, las cepillaban, y las mulas relinchaban agradecidas.Los esquiladores, mientras ejecutaban su trabajo, alababan la finura de una mula, y la fuerza de otra. Hablaban de ellas por sus nombres, y criticaban a las mulas locas y falsas.Mi abuelo, satisfecho de sus mulas, nombraba a los muleteros que se las habían vendido junto a los años que las tenía y el buen rendimiento que le daban.

En torno a la mula giraba mi pueblo. Decían y aseguraban las gentes de entonces, que era una desgracia a quien se le moría una mula. Una buena mula costaba muchos cuartos, y había familias que se habían arruinado por ese motivo. La mula era el orgullo de la familia del campo. También era signo de riqueza, y los arreos y los aparejos de las mulas eran señal de buen gusto y de galanura.

Los guarnicioneros cumplían con el encargo de los arreos, las mujeres bordaban las mantillas de seda que lucían las reatas

en la romería.Las mulas representaban el linaje de los tomelloseros.No recuerdo en aquellos años de mi infancia, la década de 1950, que nadie se avergonzara de las durezas de sus manos, ni del trabajo en los campos.

En la década de 1960 llegó la emigración. Las cosechas no eran rentables, y muchos se marcharon para no volver. Con su marcha se perdió una parte de nuestro orgullo. Las mulas fueron desapareciendo paulatinamente, dando paso al tractor. Las gentes labradoras se guardaron su dolor y dejaron paso al olvido, porque a todos, los que se quedaron, y los que hubieron de partir, les dolía demasiado las ausencias.



REATAS EN BLANCO Y NEGRO

En los pueblos se fueron olvidando las tradiciones al mismo tiempo que se expoliaba un inmenso patrimonio de muebles y aperos de labranza. A finales de 1970 los robos comenzaron en las casas de campo. Robaron las pilas de piedra de los pozos

para ser vendidas en mansiones de lujo, en hoteles y edificios etnográficos Robaron aperos cubiertos de polvo en las cuadras vacías. Robaron todo cuanto se podía vender, y nadie defendió a los agricultores. Nos robaron la identidad y el patrimonio.A finales de1990, migeneración, tímidamente, empezó a restaurar muebles de los abuelos en vez de tirarlos o mal venderlos. Poco quedaba de aquél ayer en el que habíamos crecido rodeados de mulas y orgullo de casta.Las mulas, ese cruce del asno macho con la yegua, formaban parte del pasado.

Casi nadie recordaba el gran valor económico que supuso para la agricultura, ni tampoco su inteligencia ni su apostura. Todo cambio lleva en sí pérdidas irreparables. Sin embargo, cuando se olvidan los pequeños retazos de la historia cotidiana también se pierde la predestinación para ver con claridad el futuro.

A los tomelloseros se nos quebró el corazón, cuando en las romerías de los años de 1980 desfilaron reatas de mulas enanas llegadas desde el pueblo de Socuéllamos. En silencio, a todos, al ver las pequeñas mulas nos llegaron los recuerdos. Aquello fue el revulsivo para que un nuevo germen surgiera. Prendió en un grupo de hombres cargados de nostalgia y como un milagro vimos desfilar años después una reata de mulas arregladas al puro y genuino estilo de los carreros de Tomelloso.

Los carreros tradicionales resurgían como ave fénix de sus propias cenizas. Desfilaron ataviados con la indumentaria de los hombres del campo tomellosero. Impecables en sus ropas, y también en sus carros y en sus mulas.

Con frecuencia se habla con admiración de los que invierten su tiempo y su dinero en agrupaciones culturales; se les suele llamar «quijotes», por lo que tiene de locura esas iniciativas. Y es cierto, si no se posee algo de locura para soñar que muchas asociaciones no existirían.

Los carreros de Tomelloso son locos quijotes que ponen su dinero y su esfuerzo al servicio de la recuperación de la mula.La mula para ellos representa una forma de vivir. Es el testimonio de una etapa donde esos animales de carga, resistentes y tenaces, fue en sus vidas constatación de su valía personal. Crecieron entre sus patas. Soñaron con ser hombres al calor de sus cuerpos en las noches largas de las casas del campo, o bajo la bóveda de piedra de los bombos.Nadie les preguntó en la infancia, si querían crecer de aquella manera.Nadie les dio otra oportunidad.Niños gañanes. Niños duros. Niños con escasa ternura entre sus ojos adolescentes.Niños de Tomelloso, de este pueblo que solo existe gracias al amor de sus gentes.



CARRO DE TOLDO

Esos son los carreros, trasunto del ayer. Cuando salen con las reatas se ignora todo el esfuerzo que eso supone. La mula, junto con el bombo, ha marcado con su sello imperecedero nuestro carácter, quizás estoico, orgulloso e individual para lo bueno y para lo malo. Estamos hechos de esa andadura a base de renuncias y de dureza. A los carreros de este siglo XXI, les debemos el que nuestros hijos y nuestros nietos, al verlos desfilar, conozcan ese mundo extinguido que nos hizo como somos hoy, luchadores, emprendedores, y a confiar

exclusivamente en nuestro propio esfuerzo.

El tiempo ha cubierto de olvido oficios en desuso, esa certidumbre impulsó a los carreros a rebuscar en su memoria imágenes gravadas en la infancia. De esa memoria nació el empuje de la revitalización en la sabiduría de ayer que hay que mostrar y no olvidar.

Se pusieron a la ardua tarea de la recuperación: Primero limpiaron los arreos que quedaban. Al faltar los gremios de los guarnicioneros, esquiladores y herradores ellos los suplieron. Aprendieron para superar las barreras de los oficios excluidos de la sociedad actual. Ahora esquilan a sus mulas y trazan sobre sus cuartos traseros el año de la romería y el nombre de su propietario con el mismo esmero y maestría que los esquiladores de antaño.

En Tomelloso se aseguraba en el pasado, que los culos más hermosos de la romería, son los culos de las mulas. Actualmente el arte del esquile que lucen es fotografiado por ser verdaderas obras de arte. Arte efímero que hay que restaurar cuando crece el pelo de los animales. Las mulas de las reatas lucen mantillas de seda que siguen bordando las mujeres tomelloseras.El bordado, a mano y a maquina, en Tomelloso, ha sido considerado y es, un oficio admirado, transmitido de madres a hijas. De tal manera que había talleres de maestras adonde las adolescentes pagaban por ir a aprender. Todavía se conserva esa tradición artesanal, además de bordar las mantillas de las mulas, marcar las letras de los propietarios a punto de cruz en los costales para el trigo, en la saca de dormir, en las alforjas y el pañuelo de yerbas, las mujeres bordan las faldas manchegas y las túnicas de nazarenos que se lucen enla SemanaSanta.

En la tela de seda de las mantillas de las mulas el dibujo y el color de los hilos, son la peana de los penachos moviéndose al paso de la mula, que al vaivén de sus patas hacen sonar las campanillas, mientras se tambalean en sus tronos las

muñecas que algunos penachos llevan.

En el cuero de los arreos se admiran tachuelas, cobre, latón, perfección de líneas, estética y elegancia que nace desde la sobriedad y el esfuerzo por lo bien hecho Belleza inigualable son las mulas enjaezadas de las reatas de Tomelloso. Y a esta emoción no escapa nadie cuando se las ve desfilando. He sido testigo de como gentes de otras regiones y otros países han admirado su paso por las calles.

Los he visto filmar con cámaras de vídeo, y gastar carretes, aprisionando la imagen de las reatas. He escuchado palabras de admiración en labios de diplomáticos que han recorrido nuestro mundo globalizado. También en artistas extranjeros, que han expuesto en Europa y América sus obras.

Siento dolor al comprobar que las instituciones locales, provinciales y autonómicas no cooperan, ni ayudan, al mantenimiento de este resurgir tan genuino y tan nuestro.Y una vez más, tristemente, el manchego no defiende su ancestro. Mala madre esLa Manchapara los hijos que más la quieren, saboteando la cultura de nuestras raíces no es de extrañar que cada día se nos respete menos.

El pueblo que olvida sus orígenes y el esfuerzo de sus mayores se autodestruye. ¿Acaso la gente sabe diferenciar estos matices? No. Desde luego que no. Pero ahí están los catalanes, los vascos, los andaluces, los gallegos, los asturianos… defendiendo su tradición. Tomelloso yLa Mancha, deberían saber que gracias a que hay un colectivo de 100 personas aportando dinero y esfuerzo en la actualidad se han recuperado las reatas.Reatas que desfilan gracias a que hay medio centenar de mulas que los carreros cuidan día a día.



REATAS

Porque una mula no se puede aparcar como un coche. A la mula hay que echarle de comer, sacarle su cuadra, ponerle sus aparejos, y sacarla a andar para que no se enferme. Hay que ponerla a arar, engancharla a los carros, formar reata una detrás de otra, para que sepan desfilar ordenadamente por las calles asfaltadas y no se escurran y resbalen.Hay que calzarlas, cepillarlas, procurarle alimento, e invertir en ellas para que desfilen entre el clamor del pueblo que no sabe lo que cuestan mantenerlas.

Pregunté el coste de cada mula enjaezada, me dijeron que cada

mula vale 3 millones de pesetas o 18,000 euros. Un carro arreglado con 6 mulas vale ponerlo en la calle 20 millones de pesetas o 120,000 euros que es lo mismo, aunque ellos, los carreros, se entienden mejor en pesetas, a pesar de que la peseta no es ya moneda de cambio.

En unas Ordenanzas Municipales dela Villade Tomelloso Aprobadas por el Ayuntamiento y Junta Municipal el 21 de mayo de 1900, se dice que con 11.420 habitantes de hecho produce trigo candeal de primera calidad, centeno, cebada, azafrán y mucho vino. Mantiene ganado lanar y más de 300 pares de mulas de labor. La mula fue el inicio de la prosperidad de nuestra tierra, con ellas, los carreros y sus familias hicieron posible el milagro del Tomelloso actual.Para todos ellos mi admiración y gratitud.